

Sarah Dessen

*Te daré  
las estrellas  
y mucho más*

*Traducción:*

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

Querido lector,

Siempre me llena de alegría empezar a leer una novela de Sarah Dessen. Sé que me reiré, lloraré, reflexionaré, me haré amiga de los personajes y volveré a sentirme adolescente. ¡Ojalá hubiera habido novelas de Sarah Dessen cuando yo tenía quince años!

*Te daré las estrellas y mucho más* es su quinta novela publicada en castellano, y la undécima que se publica en Estados Unidos. Allí cada uno de sus nuevos lanzamientos es seguido con una expectación increíble por sus fieles fans, que han hecho de ella, probablemente, la autora juvenil más vendida del país. Sus libros se han traducido en veinticinco países, y cuenta con grandes comunidades de fans en Alemania, Francia y Reino Unido.

Si aún no conoces a esta autora maravillosa, no esperes más: ponte cómodo, tómate una deliciosa hamburguesa de gambas sentado junto al mar, prepárate para llenarte de arena y déjate llevar por Emaline y sus amigos. Te puedo garantizar que el flechazo será inmediato.

*La editora*

# 1



Ahí llegan.

–¡... o si no os juro que me doy la vuelta y regresamos a Paterson! –gritaba la mujer al volante del monovolumen color burdeos cuando se detuvo a mi lado. Tenía la cabeza girada hacia el asiento trasero, donde vi a tres criaturas, dos niños y una niña, que la miraban. Tenía hinchada una vena del cuello que guardaba cierto parecido con la carretera interestatal, señalada con un trazo grueso que no podía pasar desapercibido en el mapa que sujetaba en las manos el hombre sentado en el asiento del copiloto—. Lo digo en serio. Ya estoy harta.

Los niños no rechistaron. Tras mirarlos muy seria durante unos instantes, se giró hacia mí. Llevaba unas enormes gafas de sol con montura brillante. Tenía sujeto entre las piernas un gran vaso de refresco con la pajita manchada de carmín.

–Bienvenidos a la playa –saludé con mi mejor voz de empleada de Inmobiliaria Colby—. ¿Puedo...?

–Las indicaciones de su página web son un desastre –me informó. Tras ella, vi cómo uno de los niños le daba un empujón a otro, que emitió un chillido ahogado—. Nos hemos perdido tres veces desde que salimos de la interestatal.

–Lo siento muchísimo –me disculpé—. Si me dice su nombre, le daré sus llaves y les indicaré cómo llegar a su lugar de alojamiento.

–Webster –me dijo.

Me volví y busqué en la caja de mimbre que contenía los sobres de los turistas que entraban aquel día. Miller, Tubman, Simone, Wallace... Webster.

–Heron's Call –leí en voz alta antes de abrir el sobre para asegurarme de que allí se encontraban las dos llaves–. Una casa estupenda.

Por única respuesta sacó la mano por la ventanilla. Le entregué el sobre junto con la bolsa de playa de cortesía llena de obsequios –un bolígrafo de la Inmobiliaria Colby, postales de regalo, una guía de la zona y un enfriador de bebidas barato– y que sabía que el personal de limpieza probablemente encontraría sin usar cuando se marcharan.

–Que pasen una feliz semana –le dije–. ¡Disfruten de la playa!

La mujer esbozó una sonrisita irónica, aunque era difícil adivinar si expresaba agradecimiento sincero o compasión. Al fin y al cabo, me encontraba de pie en un aparatoso cajón de arena en medio de un aparcamiento, con tres coches haciendo cola detrás del suyo, muy probablemente llenos de turistas que hacían gala del mismo humor. Cuando el destino final de un viaje es el paraíso, no es nada agradable hacer la parada anterior.

Aunque, en realidad, yo no tenía tiempo para pensar en esas cosas mientras el coche arrancaba con el intermitente puesto para incorporarse a la carretera general. Eran las tres y diez y ya estaba esperando el siguiente coche, una berlina con uno de esos portaequipajes que se colocan en el techo. Sacudí los pies para intentar librarme de la arena que se me había metido en los zapatos y respiré hondo.

–Bienvenidos a la playa –saludé mientras el vehículo se detenía junto a mí–. ¿Su nombre, por favor?

–Bueno, ¿qué tal te ha ido? –preguntó mi hermana Margo cuando entré en la oficina dos horas después, exhausta y empapada en sudor.

–Se me ha metido arena en los zapatos –contesté mientras me dirigía derecha a la máquina de agua, donde llené un vaso y me lo bebí de un trago antes de repetir la maniobra otras dos veces.

–Estás en la playa, Emaline –me dijo.

–No, estoy en la oficina –repliqué mientras me secaba la boca con el dorso de la mano–. La playa está a menos de tres kilómetros. La gente no tardará nada en poder pisar arena. No entiendo por qué tenemos que traerla hasta aquí.

–Porque somos una de las primeras impresiones que los turistas se llevan de Colby –dijo con la voz fresca de quien se ha pasado el día trabajando con aire acondicionado–. Queremos que sientan que el momento en que entran en el aparcamiento es el comienzo oficial de sus vacaciones.

–¿Y eso qué tiene que ver con que yo tenga que estar metida en un cajón de arena?

–No es un cajón de arena –dijo, y yo hice un gesto de fastidio con los ojos, porque eso era exactamente lo que era, y ambas lo sabíamos–. Es un banco de arena, y está ahí para evocar el esplendor de la costa.

No supe ni qué contestar. Desde que Margo se había graduado en la East University el año anterior con la doble titulación de empresariales y turismo, estaba insoportable. Para ser exactos, más insoportable que de costumbre. La Inmobiliaria Colby pertenecía a mi familia desde hacía más de cincuenta años; nuestros abuelos la habían fundado nada más casarse. Y nos iba bien, gracias, antes de Margo y su cajón de arena o banco de arena o lo que fuese. Pero había sido la primera de la familia en estudiar una carrera universitaria, así que hacía y deshacía a su antojo.

Y ese fue el motivo de que pocas semanas atrás ordenara construir ese cajón de arena, o choza hawaiana, o lo que fuese, y que lo instalaran en medio del aparcamiento de la oficina. Con su apenas metro y medio de ancho y unas vallas que llegaban hasta la cintura, era como una garita de peaje de madera con un cargamento de arena dentro, y por si fuera poco también alrededor. Nadie cuestionó la necesidad de semejante montaje salvo yo. Pero claro, nadie iba a tener que trabajar ahí dentro excepto yo.

Oí una risita ahogada a mi espalda y me volví. Como era de esperar, se trataba de mi abuela; estaba sentada ante su escritorio y hablaba por teléfono. Me guiñó un ojo y no pude reprimir una sonrisa.

—¡No te olvides de las entregas VIP! —exclamó Margo mientras me dirigía al despacho de mi abuela y tiraba el vaso a la papelera—. Tienes que empezar a las cinco y media en punto. Y vuelve a revisar las bandejas de fruta y los surtidos de quesos antes de entregarlos. Los ha preparado Amber y ya sabes cómo es.

Amber era mi otra hermana. Estudiaba en una academia de peluquería, trabajaba en la inmobiliaria solo por obligación y expresaba su malestar haciéndolo todo del modo más chapucero posible.

—Mensaje recibido —contesté, y Margo suspiró, molesta. Me había dicho cientos de veces que yo hablaba de una forma muy poco profesional, como un camionero. Y precisamente el que me lo dijera era la razón que me incitaba a hablar así.

El despacho de mi abuela estaba a la entrada del edificio. Tenía un ventanal enorme que daba a la carretera principal, ahora totalmente atascada por los coches que se dirigían a la playa. Seguía hablando por teléfono, pero cuando me vio en el umbral me hizo señas para que entrara.

–Ya, Roger, por supuesto, claro que lo entiendo, créame –estaba diciendo cuando aparté unos folletos para poder sentarme en la silla que había delante de su escritorio. Estaba tan desordenado como de costumbre, lleno de papeles amontonados, carpetas y varios paquetes abiertos de caramelos de menta Rolo. Abría uno y luego no se acordaba de dónde lo había dejado, y lo mismo le pasaba con el siguiente, y con el siguiente–. Pero lo cierto es que, en las casas de alquiler, las manillas de las puertas se utilizan continuamente. Sobre todo las de las puertas traseras que dan a la playa. Podemos arreglarlas mientras sea posible, si no hay que cambiar las piezas.

Roger comentó algo con voz atronadora desde el otro lado de la línea. Mi abuela se tomó un caramelo y me ofreció el paquete. Lo rechacé con un gesto de cabeza.

–Me informaron de que la manilla se cayó hacia dentro después de cerrar con llave al salir. Los huéspedes no podían entrar. Por eso nos llamaron. –Pausa. Luego continuó–: Bueno, estoy segura de que podrían haber entrado saltando por la ventana. Pero cuando uno paga cinco mil dólares por semana, tiene derecho a exigir ciertos privilegios.

Mientras Roger respondía, mi abuela se dedicó a chupar el caramelo. No era el más saludable de los hábitos, pero al menos era mejor que los cigarrillos que había fumado hasta hacía unos seis años. Mi madre afirmaba que cuando era niña había una nube de humo permanente flotando por la oficina, como un microclima propio. Curiosamente, aún se percibía el olor a tabaco incluso después de múltiples limpiezas generales y cambios de cortinas y alfombras. Era un olor tenue, pero ahí seguía.

–Por supuesto, siempre pasa algo cuando se tienen casas en alquiler –continuó mientras se apoyaba en el respaldo del sillón y se frotaba el cuello–. Ya nos ocupamos nosotros y luego le enviaremos la factura, ¿de acuerdo? –Roger comenzó a decir algo–. ¡Perfecto! Gracias por llamar.

Mi abuela colgó el teléfono e hizo un gesto con la cabeza. A su espalda, otro monovolumen hacía su entrada en el aparcamiento.

–Hay gente –dijo, y se tomó otro caramelo– que no debería tener casas en la playa.

Era uno de sus mantras favoritos, a muy corta distancia de «Hay gente que no debería alquilar casas en la playa». Yo le he dicho muchas veces que tendría que encargarse que se lo bordaran en punto de cruz y llevarlo a enmarcar, aunque tampoco es que en esta oficina haya mucho sitio para colgar nada.

–¿Otra manilla estropeada? –pregunté.

–La tercera esta semana. Ya sabes cómo es esto. Comienzo de temporada. Lo que significa deterioro por uso. –Se puso a revolver por el escritorio y algunos papeles terminaron en el suelo–. ¿Cómo ha ido el registro de nuevos clientes?

–Bien –contesté–. Solo dos madrugadores, y ya les habían limpiado las casas.

–¿Y hoy te vas a encargar tú de los vips?

Sonreí. El paquete VIP era otra de las recientes ideas brillantes de Margo. Por una cantidad extra, la gente que había alquilado lo que llamábamos nuestros «palacios de la playa» –las casas más sofisticadas, con ascensor, piscina y todo tipo de comodidades– recibía un obsequio de bienvenida que consistía en un surtido de quesos y fruta, acompañado de una botella de vino. Margo lanzó la idea por primera vez en una Reunión de Viernes por la Mañana, otra de las novedades que había instituido, la cual básicamente nos obligaba a sentarnos todos juntos alrededor de una mesa de reuniones una vez a la semana para decir todo lo que normalmente comentábamos mientras estábamos trabajando. Aquel día nos había repartido unas agendas que incluían una lista impresa de puntos importantes, uno de los cuales decía «Tratamiento VIP». Mi abuela, con los ojos entornados porque no llevaba las gafas puestas, había preguntado:



–¿Qué es un vip?

Con tremendo fastidio por parte de Margo, la expresión había tenido éxito, y ahora todos los demás nos negábamos a llamarlos de otro modo.

–Salgo ahora mismo –le dije–. ¿Alguna indicación especial?

Por fin encontró la hoja que andaba buscando y le echó un vistazo rápido.

–Dune’s Dream es un buen cliente habitual –comentó–. Bon Voyage es nuevo, igual que Casa Blu. Y quienquiera que esté ahora mismo en Sand Dollars se va a quedar dos meses.

–¿Meses? ¿En serio?

Sand Dollars era uno de nuestros inmuebles más caros, una casa situada en el Tip, ya casi a las afueras de la ciudad. Una estancia de una sola semana ya superaría la mayoría de los presupuestos.

–Sí. Así que asegúrate de que reciban una bandeja en condiciones. ¿De acuerdo?

Asentí y me puse en pie. Estaba ya casi junto a la puerta cuando dijo:

–Y... Emaline...

–¿Sí?

–Estabas muy mona hoy en ese cajón de arena. Me trajo muchos recuerdos.

Sonreí, justo cuando Margo chillaba desde fuera:

–¡Abuela, es un banco de arena!

Fui a buscar al almacén del final del pasillo las cuatro bandejas que Amber había preparado aquella mañana. Como era de esperar, los quesos estaban mezclados con la fruta, como si los hubieran lanzado desde la distancia. Después de reordenarlo todo durante al menos quince minutos, conseguí que las bandejas tuvieran un aspecto presentable y las llevé a mi coche, que había superado el millón de grados de temperatura a pesar

de que lo había aparcado a la sombra. Lo único que podía hacer era apilarlas en el asiento del copiloto, dirigir hacia ellas todas las salidas de aire acondicionado y confiar en que todo saliera bien.

En la primera casa, Dune's Dream, llamé al timbre y al telefonillo exterior, pero nadie abrió. Recorrí la amplia terraza y eché una mirada hacia la parte de abajo. Había un grupo de gente junto a la piscina, además de una pareja que se dirigía a la playa por la pasarela de madera. Probé a abrir la puerta, que no tenía el pestillo echado, y entré.

—¿Hola? —dije con voz amable—. Inmobiliaria Colby, cortesía VIP.

Cuando había que ir a las casas de los veraneantes —aunque acabaran de llegar y solo fueran a quedarse una semana—, una no solo aprendía a anunciarse, sino también a hacerlo en voz alta y con insistencia. Pillar a una persona desprevenida y medio desnuda era suficiente para dejar clara la importancia de esta lección. Sí, se suponía que la gente se relajaba y pasaba de todo cuando estaba de vacaciones. Pero otra cosa muy distinta era que yo quisiera verlo.

—¡Inmobiliaria Colby! ¡Cortesía VIP!

Silencio. Rápidamente, subí a la cocina del tercer piso, que tenía una vista espectacular. Dejé encima de la isla de granito moteado la bandeja, el vino ya enfriado y una tarjeta escrita a mano dándoles la bienvenida a Colby y recordándoles que se pusieran en contacto con nosotros para cualquier cosa que necesitaran. Después me dirigí a la siguiente casa.

En Bon Voyage la puerta estaba cerrada, y lo más probable era que sus inquilinos hubieran salido a cenar temprano. Dejé el vino y la bandeja en la cocina, donde el brazo de la batidora seguía enchufado; junto a él, en el fregadero, el vaso olía a algo dulce y tropical. Siempre resultaba extraño entrar en esas casas cuando ya había inquilinos, sobre todo si acababa de

estar por la mañana para supervisar la limpieza. La energía era distinta, como la diferencia que existe cuando algo está apagado o encendido.

En Casa Blu me abrió la puerta una mujer bajita con un intenso bronceado y un biquini que, la verdad, no resultaba nada apropiado para su edad. No es que supiera qué edad tenía exactamente, pero ni a mis dieciocho años me habría atrevido yo con un modelito rosa tan diminuto. Tenía un brillo blanquecino de protector solar en la cara, y en la mano libre sujetaba una cerveza metida en un vaso refrigerador de color amarillo chillón.

–Inmobiliaria Colby. Cortesía VIP –anuncié–. Les traigo un obsequio de bienvenida.

Tomó un sorbo de cerveza.

–Estupendo –dijo con voz nasal e inexpresiva–. Pasa.

La seguí al piso de arriba intentando no mirar la parte de abajo de su biquini, que se subía cada vez más a medida que nosotras subíamos también la escalera.

–¿Es el *stripper*? –preguntó una voz cuando llegamos al descansillo. Era una mujer más o menos de la misma edad, unos cuarenta y tantos años, que llevaba la parte de arriba de un biquini, una faldita vaporosa y un collar trenzado de oro. Cuando me vio se echó a reír–. ¡Ah, ya veo que no!

–Es de la inmobiliaria –les explicó Biquini Rosa a ella y a una tercera mujer que vestía un albornoz corto y tenía una copa de vino en la mano; llevaba el pelo recogido en un moño medio deshecho. Ambas miraban desde la terraza algo que había en un nivel inferior–. Un regalo de bienvenida.

–¡Oh! –exclamó la mujer del albornoz–. Creí que *ese* era nuestro regalo.

Cuando la mujer que me había abierto la puerta se acercó a ellas y también se puso a mirar, estalló una carcajada general. Coloqué la bandeja y el vino y dejé la tarjeta, y estaba a punto de salir discretamente cuando oí decir a una de ellas:

–¿No te apetecería darle un buen mordisco a eso, Elinor?

–Mmm... –contestó–. Propongo que ensuciemos la piscina para que tenga que volver mañana.

–¡Y pasado mañana! –exclamó Faldita Vaporosa. Luego volvieron a reír y brindaron.

–Disfruten de su estancia –dije al marcharme; por supuesto, no me oyeron. Hacia la mitad de la escalera que conducía a la puerta principal eché un vistazo por uno de los grandes ventanales y vi su objeto de deseo: un chico alto, muy bronceado y con pelo rubio y rizado, sin camiseta, que manejaba un cepillo para limpiar piscinas muy largo, con una forma tremendamente fállica. Aún seguían con sus exclamaciones de júbilo cuando crucé el umbral de la puerta y la cerré con suavidad.

De nuevo en el coche, me recogí el pelo con uno de los coletos que llevaba en la palanca de cambios y me quedé sentada unos instantes, sin moverme del camino de entrada a la casa, contemplando las olas. Solo me quedaba una visita y tenía mucho tiempo, así que aún seguía allí cuando el chico de la piscina traspasó la verja y se dirigió a su camión, que estaba aparcado junto a mi coche.

–¡Oye! –le dije mientras subía al remolque y enrollaba un par de mangueras–. Podrías sacarte un montón de dinero extra esta semana, siempre y cuando seas de moral lo suficientemente relajada y te gusten las mujeres mayores.

El chico sonrió y dejó ver un destello de sus dientes blancos.

–¿Eso crees?

–Te devorarían enterito si se les presentara la oportunidad.

Con otra sonrisa, se bajó del remolque de un salto, cerró la portezuela y se acercó a mi ventanilla, que estaba abierta. Se inclinó sobre ella hasta que nuestras cabezas quedaron al mismo nivel.

–No son mi tipo –dijo–. Además, ya estoy pillado.

–Qué chica tan afortunada.

–Deberías decírselo. A veces creo que no me valora lo suficiente.

Hice una mueca.

–Creo que es mutuo.

Se inclinó aún más para meter la cabeza por la ventanilla y me dio un beso. Noté el ligero sabor de su labio superior sudado.

–No engañas a nadie, entérate –dije cuando se apartó–. Eres perfectamente capaz de trabajar con una camiseta puesta.

–¡Hace muchísimo calor al sol! –protestó, pero yo me limité a hacer un gesto de fastidio con los ojos y arranqué el coche. Desde que se dedicaba a salir a correr y se había puesto en forma, no había manera de que se pusiera una camiseta. No era la primera casa donde se habían fijado en él–. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

–¿Qué pasa esta noche?

–Emaline... –Sacudió la cabeza–. No me digas ni en broma que te habías olvidado.

Me quedé pensando. Nada. Entonces comenzó a tararear las primeras notas de la marcha nupcial y gemí:

–Ah, vale. La barbacoa esa.

–La barbacoa minidespedida de soltera –me corrigió–. También llamada obsesión permanente de mi madre durante los dos últimos meses.

Vaya. En mi defensa, sin embargo, debía alegar que era la tercera de las cuatro fiestas previas que se habían organizado antes de la boda de Brooke, la hermana de Luke. Desde que se había comprometido en otoño, su casa parecía estar sumida permanentemente en los preparativos de la boda. Y como yo pasaba bastante tiempo allí, era como si me obligaran a realizar una inmersión lingüística en un idioma que no tenía el menor interés por aprender. Además, como Luke y yo salíamos juntos

desde que estábamos en tercero de secundaria, también nosotros nos habíamos convertido en el blanco de las bromas de todo el mundo cuando se hablaba de quiénes serían los siguientes, y cuando se decía que sus padres deberían animarse y hacer un «dos por uno». Ja, ja.

—A las siete —dijo Luke, y me besó en la frente—. Hasta luego. Seré el que lleve puesta la camisa.

Sonreí y di marcha atrás. Luego volví a recorrer el largo camino de entrada a la casa, salí a la carretera general y subí a lo alto del Tip hacia Sand Dollars.

Era una de las casas más nuevas de la agencia, y probablemente la más bonita. Ocho dormitorios, diez baños, un aseo, piscina e hidromasaje, salida a la playa por un sendero entablado privado, sala de proyecciones en el piso de abajo con butacas de cine de verdad y sonido envolvente. De hecho, era tan nueva que apenas dos semanas atrás aún había un aseo portátil a la puerta y el contratista todavía se afanaba por concluir las últimas inspecciones antes de que comenzase la temporada. Mientras repasaban la lista de tareas pendientes y dejaban todo listo para su estreno, Margo y yo habíamos estado guardando todos los utensilios de cocina y el menaje que el decorador había comprado en Park Mart: bolsas y más bolsas que se acumulaban en el garaje. Amueblar una casa por completo y de golpe era de lo más curioso. Nada tenía su historia. Todas las casas de alquiler parecen impersonales, pero era en esta donde más notaba esa sensación. Tanto es así que, a pesar de aquellas preciosas vistas, casi me daba escalofríos. Me gustaba que las cosas tuvieran algo de pasado.

Cuando enfilé el camino de entrada, vi mucha actividad. A la puerta estaban aparcados un todoterreno y una furgoneta blanca con cristales tintados que tenía el portón abierto. En su interior pude ver montones de embalajes de la tienda de objetos

para el hogar Rubbermaid y otras cajas de cartón que parecían estar descargando.

Salí del coche con la bandeja VIP en la mano. Cuando subí los escalones que conducían a la puerta principal, esta se abrió y salieron dos chicos más o menos de mi edad. Nos reconocimos en cuestión de segundos.

–Emaline –me saludó Rick Mason, el antiguo delegado de clase. Tras él se encontraba Trent Dobash, que jugaba al fútbol. No éramos amigos, pero el instituto era tan pequeño que todos nos conocíamos–. Qué sorpresa encontrarte aquí.

–No habréis alquilado esta casa... –dije sorprendida.

–Ojalá –respondió Rick en tono burlón–. Estábamos haciendo surf y nos ofrecieron cien dólares a cada uno por descargar todo eso.

–Ah, bueno –dije cuando pasaron junto a mí en dirección a la furgoneta abierta–. ¿Qué hay en las cajas?

–Ni idea –respondió mientras sacaba una de ellas y se la pasaba a Trent–. Podrían ser drogas o armas de fuego. Mientras me paguen, a mí me da igual.

Esa era exactamente la filosofía que había convertido a Rick en un delegado de clase tan odiado. Pero también es cierto que su única rival había sido una chica que acababa de llegar de California y que caía fatal a todo el mundo, así que no teníamos muchas opciones.

Al otro lado de la puerta principal, que estaba abierta, deambulaba por el enorme salón otro chico que se encargaba de organizar las cosas que iban metiendo. Me di cuenta enseguida de que no era de aquí. Para empezar, llevaba unos vaqueros Oyster –desgastados y oscuros, con el anagrama de la «O» en los bolsillos traseros–, que ni siquiera sabía que se hacían para hombre. En segundo lugar, llevaba un gorrito de punto calado hasta las orejas, aunque estábamos a principios de junio. Esperar que Luke o cualquiera de sus amigos llevara otra cosa que

no fueran pantalones cortos era una batalla perdida, independientemente de la temperatura que hiciese: los chicos que viven en la playa no llevan ropa de invierno, ni siquiera en invierno.

Llamé a la puerta, pero no me oyó; estaba demasiado absorto abriendo una de las cajas de Rubbermaid. Volví a intentarlo, y esta vez añadí:

–Inmobiliaria Colby. Cortesía VIP.

El chico se volvió y se fijó en el vino y el queso.

–Ah, estupendo –dijo, muy profesional–. Ponlo por ahí.

Me dirigí a la cocina, donde dos semanas antes había estado despegando las etiquetas con los precios de espátulas y escurridores, y coloqué la bandeja, el vino y la tarjeta. Iba a marcharme cuando por el rabillo del ojo vislumbré algo que se agitaba. Entonces comenzaron los gritos.

–¡Me importa un comino la hora, tenían que habérmelas entregado hoy! ¡Eso es lo que acordamos, y por tanto lo que daba por hecho, y no pienso aceptar otra cosa! –Al principio, el origen de aquellos gritos no fue más que una visión borrosa. Sin embargo, un instante después la agitación se ralentizó y vi a una mujer vestida con vaqueros negros, un jersey de manga corta del mismo color y bailarinas. Tenía el pelo tan rubio que parecía blanco, y un teléfono móvil pegado a la oreja–. Encargué cuatro mesas, y quiero cuatro mesas. Les doy una hora de plazo para que me las traigan, y ya haremos los ajustes pertinentes en mi cuenta a causa de la tardanza. ¡Me estoy gastando mucho dinero como para aguantar gilipollices!

Miré al chico de los vaqueros Oyster, que seguía atareado con las cajas de Rubbermaid que había por toda la sala, y a quien todo aquello no parecía afectarle lo más mínimo. Yo, sin embargo, estaba paralizada, como cuando ves a un loco demasiado cerca; no puedes dejar de mirarlo, aunque sepas que no deberías hacerlo.



—No, eso no me vale. No. No. Hoy, o ya se puede olvidar de todo lo demás. —Ahora que se había quedado quieta, me fijé en la forma de su mentón y en el modo en que se le marcaban los pómulos y las clavículas. Era una persona manifiestamente punzante, como esas plantas carnívoras que se ven en los desiertos—. Bien. Espero que me hayan reingresado el depósito en mi cuenta mañana por la mañana o tendrá noticias de mis abogados. Adiós.

Colgó el teléfono con brusquedad. Luego, mientras yo seguía observándola, lo lanzó al otro lado de la sala, donde impactó contra la pared que acabábamos de pintar el fin de semana del Día de los Caídos y dejó una marca negra. Mierda.

—¡Idiotas! —exclamó en un tono demasiado alto incluso para aquella sala tan grande—. Organización de Fiestas Prestige, una mierda. Desde el momento en que cruzamos la línea Mason-Dixon en dirección sur supe que iba a ser como trabajar en el Tercer Mundo.

En aquel momento el chico dirigió la vista hacia la mujer y luego me miró a mí, lo que hizo que por fin ella se percatara de mi presencia.

—¿Y esta quién es? —soltó.

—De la inmobiliaria —respondió el chico—. No sé qué VIP.

Se quedó desconcertada, así que señalé el vino y los quesos.

—Un regalo de bienvenida —dije—. De Inmobiliaria Colby.

—Nos habría venido mejor que trajeras mesas —refunfuñó mientras se acercaba a la bandeja y la destapaba. Tras echarle un vistazo, se comió una uva y después meneó la cabeza—. En serio, Theo. Me pregunto si todo esto no será un gran error. ¿En qué estaría yo pensando?

—Ya encontraremos otro sitio donde alquilar mesas —dijo él con una voz que revelaba que estaba acostumbrado a ese tipo de improperios. Había recogido el teléfono del suelo y lo estaba

examinando para comprobar si había sufrido algún daño. De la pared, como de mí, pasó olímpicamente.

—¿Dónde? Este lugar está en el quinto infierno. Probablemente no haya otro a menos de doscientos kilómetros. Dios, necesito beber algo. —Alcanzó la botella de vino que yo había traído y la miró entornando los ojos—. Australiano y barato. Cómo no.

La observé mientras abría y cerraba cajones, obviamente en busca de un sacacorchos. Dejé que mirase en los sitios donde yo sabía que no estaba, solo por fastidiar, hasta que por fin me acerqué al mueble bar que había junto a la despensa.

—Aquí está. —Se lo entregué, y luego eché mano del bolígrafo y el papel que siempre dejábamos junto con la tarjeta de la empresa de limpieza—. Los de Prestige suelen ser bastante informales con los encargos. Debería llamar a Everything Island. No cierran hasta las ocho.

Apunté el número y luego lo lancé por la encimera en su dirección. Lo observó un momento, y después me miró a mí. Dejé el papel donde estaba.

Cuando me dirigí hacia las escaleras, por las que Rick y Trent estaban subiendo con parte de la carga, ninguno de los dos inquilinos dijo nada. Ya estaba acostumbrada. En lo concerniente a ellos, aquella era ahora su casa, y yo solo un elemento más del paisaje, como el mar. Cuando pasé junto a la puerta vi una etiqueta con el precio pegada a una cesta de mimbre. No pude evitar agacharme y despegarla.

## 2



La puerta de mi cuarto estaba abierta. Otra vez.

—Así que le dije —oí que decía mi hermana Amber mientras me acercaba y sentía aumentar mi presión sanguínea—: Entiendo que quieras parecer una modelo. También yo quiero que me toque la lotería para no tener que hacer este trabajo. Seamos un poquito más modestas con nuestras expectativas, ¿vale?

—Espero que en realidad no le dijeras semejante cosa —murmuró mi madre. Juraría que oía a alguien pasar páginas. Si estaban leyendo mi revista *Hollywood*, que yo ni siquiera había abierto aún, iba a montar en cólera.

—Ya me habría gustado. Pero en lugar de hacerlo le corté el flequillo tal como se había empeñado, aunque con él parezca que tiene treinta y cinco años.

—Ten cuidado.

—Ya entiendes a qué me refiero.

—¿Ah, sí?

Abrí de golpe la puerta entornada. Como era de esperar, estaban las dos encima de mi cama. De hecho, mi madre estaba leyendo mi *Hollywood*, mientras Amber, que se había vuelto a teñir el pelo, esta vez de color naranja zanahoria, bebía un sorbo de un vaso enorme de coca-cola *light*. En medio de las dos había una lata abierta de frutos secos.

—Salid de aquí —dije en voz baja—. Ahora mismo.

—Oh, Emaline... —empezó mi hermana.

Mi madre, más prudente, había vuelto a meter la revista en el cajón y estaba rebuscando por la colcha –que yo acababa de lavar– la tapa de la lata. Cuando vio que no era capaz de encontrarla, se dio por vencida y se puso en pie con expresión de culpabilidad.

–Ya sabes cómo está ahora el piso de arriba.

–Eso no tiene nada que ver conmigo –dije mientras me acercaba a mi televisor, en el que se veía la repetición de un *reality* sobre modelos, para apagarlo–. Esta es mi habitación. *Mi habitación*. No podéis entrar sin más y dejarla hecha un asco.

–No la estábamos dejando hecha un asco –protestó mi madre a mi espalda de camino a la puerta–. Solo estábamos aquí sentadas charlando.

Ignoré sus palabras y me acerqué a la cama, donde seguía sentada mi hermana por alguna razón desconocida. Busqué debajo de la almohada hasta que apareció la tapa de la lata de frutos secos. La alcé como prueba del delito.

Mi madre suspiró.

–Tenía hambre.

–Pues come en la cocina.

–¡No tenemos cocina! –protestó Amber. Se estaba levantando, aunque, como era habitual, se tomaba su tiempo–. ¿Hace mucho que no vas por allí, señorita Entrada Independiente? Es como una zona de guerra.

–No es una entrada independiente –dije–. Es el garaje.

–¡Lo que sea! Papá lo ha puesto todo patas arriba. No hay ni un sitio donde sentarse, no hay sitio para la tele...

Como para corroborar sus palabras, se oyó el estallido seco de un compresor que nos sobresaltó a todas. Papá llevaba tanto tiempo haciendo trabajos de carpintería que ya no le afectaba el ruido. Nosotras, sin embargo, saltábamos como gatas en cuanto empezaba con la pistola de clavos.

–¿Y tu cuarto? –le pregunté a Amber mientras mi madre pasaba por detrás de mí y se detenía un momento para meterme la etiqueta de la blusa, que por lo visto había llevado toda la tarde fuera. Genial.

–Está demasiado desordenado –contestó al tiempo que se dirigía hacia la puerta y tiraba al pasar una pila de ropa limpia que había encima de mi escritorio.

–¿Por qué será? –comenté, pero no me hizo ni caso.

Suspiré y me agaché para recoger la ropa. Mi madre acudió inmediatamente a ayudarme, todavía en silencio. Amber, con su pelo de color del cono de las obras, había salido con un suspiro melodramático. Aunque era mayor que yo, en otro tiempo había sido la pequeña. Ahora, después de todos esos años, seguía comportándose como un bebé, aunque todos lo achacábamos al hecho de ser la mediana.

–No estás de muy buen humor –dijo por fin mi madre. Era muy típico de ella, igual que su modo de encarar las cosas. En las situaciones en que mis hermanas y yo tendíamos a alzar la voz y montar follón, ella siempre les quitaba importancia y mantenía la calma. Era como si criarnos la hubiera dejado sin fuelle.

–Hoy he tenido que escuchar unos cuantos gritos –repuse mientras me levantaba–. Y además ya sabéis que no me gusta nada que os metáis aquí.

–Lo siento. –Me ofreció el bote de frutos secos en son de paz. Lo rechacé negando con la cabeza, pero no pude resistirme a tomarme una almendra.

–No te quedes en la superficie –dijo, y se sirvió un puñado. Seleccionar lo mejor de cada situación era una de sus manías más acusadas–. ¿No tienes hoy la fiesta esa de compromiso?

La pistola de clavos volvió a resonar en el piso de arriba varias veces.

–Sí. De Brooke y Andy.

–Maureen debe de estar de los nervios.

–Lo está. Es como si preparar una boda fuera una droga y ella estuviera siempre ávida de tomar una dosis.

–Emaline –dijo sonriendo. Tanto ella como la madre de Luke se habían criado en Colby, aunque la mía tenía siete años menos. En cualquier caso, todo el mundo sabía que la señora Templeton formaba parte de las *cheerleaders* y salía con el capitán del equipo de fútbol, mientras que mi madre se quedó embarazada de un veraneante al terminar primero de bachillerato. La gente no olvidaba nada en una ciudad pequeña.

–En serio –insistí–. Tendrías que oír todo lo que andan diciendo de Luke y de mí. Es como si esperasen que fuésemos a anunciar nuestro compromiso el día de la boda, o algo por el estilo.

Abrió los ojos como platos y la mano con la que se llevaba los frutos secos a la boca se le quedó paralizada.

–Ni se te ocurra –advirtió en un tono severo nada habitual en ella– bromear sobre esas cosas.

–Pues tú no te pases todo el rato en mi habitación –dije.

–No es comparable. –Seguía fulminándome con la mirada–. Retira lo que has dicho.

–Mamá, por favor. ¿A tu edad me pides que retire algo? ¿En serio?

–Retíralo.

No estaba de broma. Eso es lo que pasa con la gente que casi nunca se enfada: cuando ocurre, te das cuenta enseguida. Carraspeé:

–Lo siento. Ha sido una broma absurda. Por supuesto que Luke y yo no nos vamos a comprometer este verano.

–Gracias. –Se comió una nuez.

–Hemos decidido posponerlo hasta después del primer año en la universidad –seguí–. Creo que me hará falta adaptarme a la vida universitaria antes de empezar con todos los preparativos.

Ella se limitó a mirarme mientras masticaba. Vale, no tenía gracia.

–Venga, mamá –dije, pero no me hizo caso y se dirigió al pasillo mientras se oía otra explosión seca procedente del piso de arriba–. Perdona. Solo estoy...

Siguió andando hacia el sonido de la pistola de clavos.

–... diciendo bobadas. ¿Vale?

Se giró al instante. A esa distancia nadie diría que tenía treinta y seis años. Con mi mismo pelo largo y castaño, el cuerpo tonificado a base de ejercicio habitual, más bien parecía una chica de veintitantos. Por ello la tomaban por hermana de Amber y Margo más a menudo que por su madrastra, y por eso cuando éramos pequeñas siempre la miraban de aquella manera en la cola del supermercado o del banco mientras intentaban echar la cuenta. Y nunca les salía.

–Ya sabes –dijo por fin– que solo me disgusto porque quiero que tengas todo lo que yo nunca tuve.

–Las estrellas y mucho más –concluí, y ella asintió.

Era algo que había entre nosotras desde antes de que papá, Amber y Margo entraran en escena, un tiempo que en realidad yo no recordaba bien. Pero muchas veces me había hablado de un libro que me leía cada noche cuando era un bebé sobre una mamá osa y su oseño, que no se podía dormir.

–¿Y si tengo hambre? –preguntaba el osito.

–Te traeré algo de comer –contestaba ella.

–¿Y si tengo sed?

–Te traeré agua.

–¿Y si tengo miedo?

–Espantaré a todos los monstruos.

Finalmente, el oseño preguntaba:

–¿Y si eso no basta? ¿Y si necesito algo más?

Y su madre contestaba:

–*Encontraré el modo de traerte cualquier cosa que necesites. Te daré las estrellas y mucho más.*

Así, según me contaba, era como ella se sentía al ser madre soltera adolescente y tener que criarme sola. No tenía nada, pero para mí lo quería todo. Y lo seguía queriendo.

Me señaló con la mano que tenía libre.

–Haz el favor de comportarte como es debido en esa fiesta. Los protagonistas son Andy y Brooke, no tú y tus opiniones.

–Verás –respondí mientras me volvía de nuevo–, contrariamente a lo que piensas, en realidad no creo que todo gire en torno a mí.

Mi madre soltó un bufido por respuesta, y luego salió de mi cuarto. La pistola continuó sonando mientras subía la escalera, pero enmudeció un instante después. En aquel silencio la oí decir algo, y papá se rio. Típico. Podíamos meternos con ella, pero cuando estaban los dos juntos todas las bromas recaían sobre nosotras.

–¡Te he oído! –grité, aunque no era cierto. Más risas.

De nuevo en mi habitación, supervisé los daños causados. Era bien fácil, porque aquella mañana, como siempre, la había dejado en perfecto orden: cama hecha, cajones cerrados, nada encima de los muebles ni tirado en el suelo. Ahora veía las llaves y las gafas de sol de Amber encima de mi escritorio y las chancletas de mi madre aparcadas debajo de mi mesilla de noche. También había una hojita de papel arrugada en el suelo, detrás de la papelera. Suspiré y me agaché para recogerla. Estaba a punto de tirarla dentro cuando distinguí la letra de mi madre. Decidí alisar el papel.

Era de una de esas libretitas de cortesía de Inmobiliaria Colby que andaban por toda la casa; era complicado encontrar otra cosa donde escribir. Con su pulcra caligrafía, había escrito: *Llamó tu padre a las 16.15.*



Miré el reloj. Eran las seis y media, lo cual quería decir que me quedaba menos de media hora para ir a la fiesta en casa de Luke. Pero esto era más importante. Con la nota en la mano, fui escaleras arriba.

Lo primero que vi al poner el pie en la zona de guerra en que se había convertido la cocina fue a papá clavando una punta en el zócalo junto a la puerta de la despensa. La cocina estaba vacía, como lo había estado desde que se había dedicado a re-mozar el suelo. Mamá lo contemplaba desde lo alto de nuestro lavavajillas nuevo, que funcionaba como mueble, encimera y zona para todo hasta que lo instalaran.

*¡Bang!*, hizo la pistola de clavos, y pegué un respingo. Mamá me miró, segura de que había subido para continuar nuestra conversación. Cuando alcé la notita para enseñársela, sin embargo, su expresión cambió.

—Te iba —*¡bang!*— a avisar —dijo.

—Pero no me avisaste.

*¡Bang!*

—Lo sé. Se me pasó. Me distraje cuando entraste tan enfadada por...

*¡Bang! ¡Bang!*

Levanté la mano para que se callara.

—¡Papá! —grité. Otro estallido—. ¡Papá!

Por fin hizo una pausa, se volvió y me vio.

—Hola, Emaline, ¿qué tal? —saludó con una sonrisa—. ¿Cómo te ha ido el día?

—¿Puedes dejar eso un segundo?

—¿Dejar de trabajar?

—¿Te importa?

Eché una mirada a mi madre, que se metió en la boca otro puñado de frutos secos, muy nerviosa.

—De acuerdo —dijo con su despreocupación habitual, y dejó en el suelo la pistola de clavos para cambiarla por una botella de

Mountain Dew que había encima del lavavajillas. Mamá y yo permanecemos en silencio mientras desenroscaba el tapón y bebía un trago largo. Me miró, la miró a ella, y luego volvió a fijar sus ojos en mí—. Vaya. ¿Me he perdido algo?

—No —respondió mi madre.

—No me dijo que mi padre había llamado —contesté yo al mismo tiempo.

Papá la observó con expresión de cansancio.

—¿Otra vez? —preguntó—. ¿En serio?

—Se me olvidó —dijo—. Fue sin querer.

Miré a papá expresando mis dudas sobre esta afirmación. Él dejó la botella donde estaba.

—Pero recibiste el mensaje, ¿no?

—Solo porque arrugó la nota y la tiró al suelo en mi cuarto.

Él se encogió de hombros, como si no hubiera diferencia entre una cosa y otra.

—Lo importante es que ahora lo sabes.

Exhalé y meneé la cabeza. Eran como uña y carne. Yo jamás conseguía que se pusiera de mi parte en nada.

—Es que no entiendo por qué te comportas así con estas cosas —le dije a mi madre.

—Sí lo entiendes —repuso papá.

Nos quedamos unos instantes en silencio. Lo único que se oía era la televisión del cuarto de Amber, que funcionaba muy bien, por si alguien lo dudaba.

—Apunté el mensaje —dijo por fin mamá—, y luego lo llevé conmigo para dejártelo en tu habitación. Pero cuando te oí llegar lo tiré para decírtelo de palabra. Sin embargo... no lo hice. Lo siento.

Lo curioso es que yo sabía que era cierto. Lo sentía de verdad. En la vida real, era una madre, esposa e hija competente y responsable. Pero en lo concerniente a mi padre, era como si volviera a tener dieciocho años, y siempre se comportaba igual.

Miré la nota.

–¿Te dijo qué quería? –pregunté. Ella negó con la cabeza.

–Solo que lo llamaras cuando tuvieras ocasión.

–Vale. –Miré el reloj: las 18.40. Mierda–. Tengo que irme.  
Ya llego tarde.

–Pásalo bien –me dijo mi madre mientras me dirigía a mi cuarto. Era un ofrecimiento de paz que llegaba un poco tarde, pero hice un signo de asentimiento con la cabeza y un gesto con la mano para que se diera cuenta de que todo había pasado.

Permanecieron en silencio mientras bajaba la escalera y recorría el pasillo hacia mi habitación. Sin embargo, una vez allí, volví a oírlos hablar en voz baja en el piso de arriba mientras mi madre le daba la explicación que parecía que no podía ofrecerme a mí. Fuera cual fuera, no era muy larga. Cuando me metí en la ducha, la pistola de clavos estaba otra vez en funcionamiento.

Existe una diferencia entre las palabras *padre* y *papá*. Y no se trata solo de un par de letras.

No lo supe hasta que tuve más o menos diez años. Tampoco sabía muy bien de dónde venía, aparte de que mi madre me tuvo cuando estaba en segundo de bachillerato y que por eso era mucho más joven que las madres de todos mis amigos. Hasta que un día, cuando estábamos en quinto de primaria, nuestro profesor, el señor Champion, escribió en la pizarra: *Mi árbol familiar*. Y de ese modo tan simple fue como empezó a complicarse la cosa.

Siempre me había encantado todo lo relacionado con el colegio, desde sacar el mayor número permitido de libros de la biblioteca hasta organizar mis cuadernos en secciones bien delimitadas y etiquetadas. Incluso con solo diez años me tomaba mis deberes muy en serio, y por eso no me quedé muy conforme al poner a mi padrastro junto a mi madre en lo alto del árbol, aunque me había adoptado cuando yo tenía tres años.

—La idea es que refleje con precisión mi familia genética —le dije a mamá cuando me lo sugirió—. Necesito detalles.

Me di cuenta de que no le hacía ninguna gracia. Pero en su favor debo decir que me los dio. Alguno ya lo había oído, otros eran nuevos. La conclusión fue que, antes de que ella profundizara en mi historia, comprendí que mi árbol familiar no iba a parecerse mucho al del resto de mis compañeros.

Mamá y mi padre se conocieron cuando ella tenía diecisiete años, justo al terminar primero de bachillerato. Estaba trabajando en la inmobiliaria; él, un año mayor y a punto de empezar la universidad, había venido desde Connecticut para pasar el verano con una tía que vivía en North Reddeman, una población cercana. En cualquier otra circunstancia no se habrían conocido. Pero era el verano en la playa, y las normas establecidas, entonces igual que ahora, no siempre se cumplían.

No podían ser más distintos. Los padres de él eran ricos —su padre médico y su madre agente inmobiliaria— y asistía a un colegio privado, donde había estudiado latín y jugado al *lacrosse*. Ella era la segunda de tres hijas de una familia de clase trabajadora con un negocio casi exclusivamente de temporada y siempre luchando por mantenerse a flote. Mamá era muy guapa, una de las bellezas oficiales; solo salía con deportistas y chicos guapísimos. Él era un cerebritito que rayaba en la pedertería. No tenían nada en común, pero una noche ella iba a una fiesta con su mejor amiga, cuyo novio invitó al bocazas del norte junto al que fregaba platos en Shrimpboats, un modesto restaurante donde se servía pescado frito: mi padre. Mi madre no andaba buscando novio. Y lo que consiguió al final fue..., bueno, a mí.

No fue un revolcón aislado; he visto las fotos. Estaban enamorados, y no se separaron en todo el verano. Él volvió a casa a mediados de agosto para preparar su marcha a la universidad,

pero no sin antes hacer planes para viajar y verse en cuanto pudieran. Fue una despedida cargada de lágrimas y emoción, seguida de un par de semanas de intensas llamadas telefónicas de larga distancia; lo típico de los romances de verano. Al mes siguiente, mamá tuvo una falta.

De repente dejó de ser un romance y ya ni siquiera era una relación, sino una crisis. Los padres de ella estaban desesperados, los de él horrorizados, y lo que había sido una relación especial entre dos personas se convirtió en algo mucho más complejo. Se hicieron llamadas, se discutieron acuerdos. Mi madre nunca había entrado en detalles, pero sí sé que hubo gente en ambas familias que no querían que me tuviera. Sin embargo, al final ella decidió hacerlo.

Durante la primera parte del embarazo, ella y mi padre se mantuvieron en contacto con regularidad. Pero a medida que los meses pasaron y su tripa fue creciendo, comenzaron a distanciarse. Tal vez habría sucedido de todos modos, incluso sin un bebé en camino, o quizá ese bebé debería haberlo evitado. Hay que decir a favor de mamá que nunca descargó toda la culpa en mi padre. Me insistió una y otra vez en que él era muy joven, estaba estudiando fuera y tenía unos padres que no aprobaban la situación. Los separaban miles de kilómetros y solo los unía un verano. Para él habría sido bastante duro implicarse en su mundo —ahora centrado en comprar ropita de bebé y leer libros sobre el embarazo y el parto—, incluso aunque no hubiera tenido a sus amigos al otro lado insistiendo para que fuera con ellos a fiestas de estudiantes.

Cuando nací, su contacto había pasado de escaso a inexistente. Su nombre aparece en mi partida de nacimiento, pero no me conoció hasta que yo cumplí seis meses, cuando vino con sus padres a hacer lo que fue, sin lugar a dudas, una visita incómoda y de cumplimiento.

Mi madre me contó que mi abuelo paterno ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos cuando me tenía en brazos y que, por el contrario, mantuvo la vista hacia su izquierda, como si quisiera ver lo que había a nuestro alrededor. Para él, más que cualquier otra cosa, representábamos un contratiempo, y si nos reconocía haría que la familia se viese aún más perdida. En cuanto a mi padre, se mostró nervioso y distante, muy distinto del chico al que había conocido el año anterior. Es curioso que solo cuando lo vio ante ella, me dijo, tuvo la seguridad de que lo había perdido para siempre. Después de aquella visita, tardó diez años en volver a verlo.

Lo único bueno que salió de todo aquello, dice siempre mamá, fue una conversación sobre la manutención del bebé. Ella, al igual que sus padres, detestaba la idea de recibir limosna alguna, pero aún estaba en el instituto, y los pañales y las guarderías no eran baratos, así que se fijaron una cantidad y un plan. Quizá mi padre no fuera muy de fiar, pero el dinero —en forma de cheque firmado por la secretaria del padre de mi padre— siempre lo era. Cuando se graduó, mi madre pasó a trabajar a tiempo completo en la Inmobiliaria Colby y me dejaba cada mañana con mi tía abuela Sylvie, que me arrullaba y me daba de comer mientras veía culebrones por la tele. Más tarde diría que fueron los peores años de su vida.

Eso en cuanto a mi padre. Sobre papá, diré que entró en escena cuando yo tenía dos años. Viudo y con dos niñas pequeñas, lo emparejaron con mamá unos amigos comunes en una cita a ciegas. Ambos eran jóvenes, estaban solos y tenían hijas pequeñas: parecía el emparejamiento perfecto. Sin embargo, a mamá le horrorizaron su sentido del humor y su forma de comer, mientras que a él ella le pareció muy engreída y que no sonreía lo suficiente. Pero, seis meses después, a mamá se le estropeó el coche en la única carretera de dos carriles que cruzaba Colby. Papá fue el primero en parar.

No volvieron a separarse. Él siempre decía que lo único que ella necesitaba era verlo con una herramienta en la mano para desarmarla. Y ella mantenía que no le faltaba razón.

Y de esa manera tan simple, formamos una familia. Yo tenía dos años, Amber cuatro y Margo seis. No tengo recuerdos nítidos de una vida sin mis hermanas, igual que ellas apenas se acuerdan de lo que pasó antes de que mi madre se convirtiera también en la suya. Después de la boda, nos mudamos a la misma casa que papá ha estado ampliando y derribando todo el tiempo desde entonces. Sin necesidad de obras permanentes, era un lugar ruidoso y caótico, ni mucho menos tranquilo. Pero era lo que yo conocía.

De modo que, mientras que papá estuvo presente durante casi toda mi infancia, mi padre era algo más parecido al Yeti o al monstruo del lago Ness. Se habían producido avistamientos, otros decían que era real, pero no existían pruebas directas: fotos viejas, conversaciones antiguas, los cheques a los que mi madre había renunciado cuando papá me adoptó. Pero luego el señor Champion escribió aquellas tres palabras en la pizarra y yo decidí que quería rellenar los espacios en blanco.

–Quiero escribirle –le dije a mi madre al llegar a casa el día que nos encomendaron aquella tarea–. Hacerle algunas preguntas.

–Oh, cariño –había dicho mamá con esa expresión tediosa y cansada que siempre ponía las escasas veces que se tocaba el tema–. No me parece una buena idea.

–Es mi padre –insistí–. Es mi historia. Necesito conocerla.

Recuerdo que miró a papá en busca de apoyo. Él se quedó callado unos instantes –nunca hablaba sin pensar–, y luego dijo:

–Emaline, es posible que no te conteste. Tienes que estar preparada para eso.

–Lo estaré –afirmé. Mamá me dirigió una mirada de duda–. Lo estaré. Pero al menos tienes que dejarme intentarlo.

Y al final lo hizo, sentada en silencio ante mí mientras yo redactaba un primer borrador –siempre tan perfeccionista en lo concerniente a los deberes– y después la carta definitiva. La metí en un sobre y miré a mamá mientras hojeaba su agenda hasta encontrar la dirección que había figurado en la esquina superior derecha de todos aquellos cheques. La leyó en alto, la escribí en el sobre, y fuimos las dos juntas a echarlo al buzón.

Podría haber terminado así. Nadie, incluida yo, se habría sorprendido demasiado. Pero dos semanas después llegó un sobre a mi nombre. Dentro había una carta escrita a ordenador en papel grueso. Joel Pendleton, ponía arriba. Se acabó el lago Ness. Era real.

Querida Emaline:

Muchas gracias por escribirme. He pensado en ti a menudo y me he preguntado qué tal te iría y cómo serías, pero me pareció que no tenía ningún derecho a intentar averiguarlo y que estaría fuera de lugar. Me encantaría responder a las preguntas para tu trabajo y, si te apetece, contarte también algo sobre mí. Sé que no puedo esperar convertirme en tu padre. Pero tengo la esperanza de que quizá algún día podamos ser amigos.

La carta continuaba. Me proporcionaba todo lo que necesitaba sobre mi historia familiar –con respuestas a todas mis preguntas, en orden y con detalles– antes de pasar a hablarme de él. Trabajaba como periodista por cuenta propia y estaba casado, dijo, desde hacía cinco años, con una mujer maravillosa llamada Leah. Tenían un hijo de dos años, Benji. Quizá, algún día, podría conocerlo. En la última hoja, justo antes de su firma y rúbrica, había una dirección de correo electrónico. No me decía que le escribiera, ni que esperaba volver a tener noticias mías. Solo estaba ahí, a modo de ofrecimiento.



Aquella fue la primera vez que vi esa extraña mezcla de preocupación y tristeza en el rostro de mamá. Ahora era capaz de reconocerla desde el otro extremo de una sala. Él le había hecho mucho daño durante todo aquel tiempo. Su mayor temor era dejar que se presentara la ocasión de hacer lo mismo conmigo.

Terminé el trabajo, lo entregué y saqué un sobresaliente. Luego lo archivé (me encantaba archivar cosas, incluso entonces; si alguna vez has sido una maniática con el material escolar, lo sigues siendo toda tu vida). La carta la guardé en el cajón de mi mesilla de noche, de donde la sacaba de vez en cuando para mirarla. Era de buena calidad, con el anagrama en relieve. Como si en su mundo, de alguna manera, hasta el papel fuera diferente. Finalmente, unas semanas después, abrí mi correo electrónico, tecleé la dirección que me había dado y le escribí para darle las gracias por su ayuda y para decirle que me habían puesto buena nota. Recibí su respuesta en cuestión de horas.

*Qué estuenda noticia, escribió. ¿Qué otras cosas estudias en el colegio?*

Fue precisamente con esas diez palabras como empezó nuestra relación, fuese como fuese o como iba a ser a partir de entonces. El colegio era un tema recurrente, algo de lo que él sabía mucho, más que papá y mamá, más incluso que algunos de mis profesores. Matemáticas, historia, literatura, ciencias..., tenía experiencia en todo ello y siempre estaba dispuesto y deseoso de proporcionarme su opinión, enlaces a artículos, libros que debería plantearme leer. El aprendizaje se convirtió en nuestro idioma común, y de pronto nos encontramos escribiéndonos con frecuencia.

Varias semanas y muchos mensajes después, me escribió para decirme que iba a ir a North Reddmane con su mujer y su hijo. Tenían ganas de conocerme, si a mis padres les parecía bien. Cuando se lo conté a mamá, se mordió los labios y vi otra vez aquella expresión.

Nadie pensaba que debía hacerlo. Mi familia decía que él no había hecho nada por nosotras y que merecía que le pagaran con la misma moneda, que lo único que conseguiría sería confundirme y disgustarme. Pero mamá había leído todos nuestros mensajes. A pesar de sus recelos, entendía que de alguna manera él deseaba llenar un vacío que quizá ni siquiera éramos conscientes de que existía. Así que un par de semanas después de la llegada de la carta, se organizó la visita. Mi padre, su mujer y Benji fueron a ver a su ahora anciana tía, e hicimos planes para comer todos juntos en Shrimiboats. Durante los días anteriores, mi madre se puso tan nerviosa que vomitó repetidas veces, algo que jamás le había visto hacer; y que nunca volví a ver, la verdad. Aparentemente, el pasado se aferra a todo, incluso a tus tripas.

Cuando llegó el día, nos presentamos en el restaurante y nos condujeron a una mesa junto a la ventana, donde nos esperaban un hombre alto con gafas y una mujer con un niño regordete en su regazo. Personalmente, lo único que recuerdo de aquella visita es lo diferente que era mi padre en persona de como me lo imaginaba por sus mensajes. Parecía nervioso e incómodo y no dejaba de mirarme. Me observó sin disimulo desde que se hicieron las presentaciones (rígidos apretones de manos, saludos torpes) hasta el bendito momento en que nos despedimos, más o menos hora y media después. Fue como si al verme estuviera intentando compensarnos por la actitud de su padre tantos años atrás.

Su esposa, una chica morena muy simpática que enseñaba muchos dientes al sonreír, llevó todo el peso de la conversación y habló sin parar para llenar todos y cada uno de los silencios incómodos. El niño, Benji, mi hermanastro, era una monada y se reía con todo lo que yo hacía. Tomé gambas a la gabardina. Papá habló demasiado sobre el negocio de la

construcción. Mamá bebió ginger ale y dirigía su mirada al aseo. Y luego todo acabó. Cuando nos despedimos, mi padre me entregó un paquete que abrí, un poco avergonzada, mientras todas las miradas estaban puestas en mí. Era un ejemplar de *Las aventuras de Huckleberry Finn*, su libro favorito cuando tenía mi edad.

—Quizá no te guste —comentó a modo de explicación—. Lo cual no tendría nada de particular. Tú léelo y ya me dirás.

De camino a casa, llevé el libro en mi regazo y observé desde el asiento trasero cómo mi madre suspiraba con la cabeza apoyada en la ventanilla. Papá alargó el brazo mientras conducía y le dio un apretón cariñoso en el hombro.

—Ya ha pasado todo —dijo, y ella asintió.

Bueno, no exactamente. Tardé una semana en leer *Huckleberry Finn*, otra en pensar qué le iba a contar sobre el libro. Al final decidí ser sincera y le dije que me parecía un poco aburrido, utilizaba un lenguaje muy raro y hablaba demasiado del río. Me pregunté si se sentiría ofendido, o si su extraña actitud durante nuestro encuentro significaba que no iba a contestarme. Sin embargo, al día siguiente llegó esta respuesta, puntual como un reloj: *¿Qué más te ha parecido?*

De modo que resultó que esa comida no había sido el final. Pero tampoco fue el comienzo de una relación más bonita. Fue algo más parecido a una puerta que se entreabre para dejar pasar un rayito de luz. No la suficiente para ver con claridad, pero desde entonces ya no volveríamos a estar a oscuras.

Nos escribíamos con frecuencia y hablábamos de mis estudios y mis lecturas. En verano siempre iban alguna vez a North Reddmane y organizábamos un encuentro. Jugamos al mini-golf, hubo más gambas a la gabardina, acuario y Museo Marítimo con Benji según iba haciéndose mayor. Llegaban tarjetas de felicitación por mi cumpleaños, regalos cuidadosamente envueltos (por Leah, lo sé) en Navidad. Mientras tanto, yo seguía

peleándome con mis hermanas, pasando el rato con mis amigos y haciendo todo lo demás que constituía mi Vida Real, la que tenía, y muy feliz, sin ellos. Hasta que un día, durante una visita en el verano de mis dieciséis años, algo cambió.

Empezó con un simple comentario que dejó caer desde el otro lado de la mesa en la que estábamos sentados en Igor's, el único restaurante italiano de la ciudad (papá juraba que su eslogan era «¡Para cuando ya no puedas con más pescado!»). Mi padre tomó un sorbo de vino y luego me miró.

–Bueno, ¿has pensado ya en la universidad? –preguntó. Yo pestañeé.

–Hum... –respondí–. Aún no. En el instituto no empezamos a prepararnos hasta el año que viene.

–Pero tendrás pensado ir, ¿no? –continuó.

Mi padre era casi un desconocido para mí en muchos aspectos, pero una cosa que sí sabía de él era que, en su mundo, tener estudios universitarios era algo que se daba por hecho. Era distinto al caso de mi otra familia, donde en aquel momento el número de graduados universitarios era exactamente cero. Esta diferencia se hacía patente solo con mirar a Benji, que quiso las ceras de colores que le ofreció la camarera cuando nos sentamos, pero sus padres le dijeron que hiciera un crucigrama –Leah siempre llevaba encima un cuaderno– en lugar de colorear.

–Ponte a prueba –le dijo ella mientras lo abría y lo empujaba hacia él sobre la mesa.

Eché una mirada a mi hermanastro y me fijé en su cara mientras estudiaba las pequeñas casillas. Cuando volví a mirar a mi padre, él seguía con la vista fija en mí, como cuando nos conocimos, pero había algo distinto. Era nuestro tema especial, un interés compartido. Quizá fuera un poco extraño que solo tuviéramos uno. Pero lo aceptaba.